

Fabricación del enemigo

Santos Juliá, El País. 14/01/2001

Tonterías, cosas raras, bobadas, estupideces, impertinencias: los calificativos tantas veces utilizados para definir la retórica del máximo líder del nacionalismo vasco suelen reducir su significado a mera extravagancia de un individuo que no está en sus cabales. Los contenidos de esa retórica se achacan a la edad del personaje, a la pérdida de capacidad para realizar análisis, a su intemperancia; o se trivializan con un cariñoso “cosas de Arzalluz”. La conclusión es siempre la misma: mejor no echarle cuenta, ignorarlo.

Probablemente; pero con eso se pasa por alto lo fundamental: que en política la palabra es siempre un inicio de la acción o, por decirlo con la imagen de Ortega, un acto de escorzo. Es posible que todo lo que diga el máximo dirigente del PNV sea una tontería, pero esa tontería la dice alguien con autoridad y poder, tiene una estructura, es consistente, compone un discurso y está cargada de sentido: convendría no ignorarlo sin antes analizar los efectos que persigue y los resultados que obtiene.

Un mínimo análisis de ese discurso revela la consistencia de sus elementos. Todas las imágenes empleadas para identificar al adversario político evocan al enemigo que ha declarado una guerra de exterminio. Euskadi estaría sometido al ataque de unas *feras crecidas, que nos masacran*, carentes de otra política que no sea *la cárcel y la bandera española*, empeñadas en *zumbar al vasco*, en *destruir el nacionalismo*. Tan enemigo es que no sólo no le preocupa que ETA deje de matar sino que comparte sus objetivos y hasta se regocija de sus crímenes para mejor *satanizar* a los nacionalistas.

Esta consistente identificación del otro como enemigo se refuerza con imágenes y evocaciones de la guerra civil. Si España hizo antes una guerra a Euskadi con cañones, ahora se la hace con “los medios”, que *truenan tanto pero destruyen más*, todos obedientes a la voz del mando. La identificación de Aznar y Mayor con Franco es un lugar común, mil veces reiterado. Por supuesto, esa identificación abarca al conjunto de españoles, sin excluir a los inmigrantes, especie de ejército invasor enviado por Franco para destruir la identidad vasca.

Pues, en definitiva, lo que pretende este discurso es reforzar los sentimientos de pertenencia al grupo, inventando una comunidad asediada que sufre un ataque del exterior. Por eso, el correlato del enemigo que hace la guerra es el del pueblo que la sufre y resiste sin perder su identidad. En este punto, Arzalluz no teme recuperar los argumentos más burdamente racistas que fueron moneda corriente a finales del siglo XIX: su insistencia en el factor RH no es una extravagancia sino un elemento destinado a reforzar la imagen de un pueblo que perdura idéntico a sí mismo desde antes del tiempo de la historia.

Enemigo español y pueblo vasco ancestral, tan concienzudamente fabricados por Arzalluz, no pueden reducirse a palabrería tontiloca. Son, por el contrario, elementos de una retórica destinada a legitimar unos hechos: la alianza de un supuesto nosotros -los vascos, identificados como *abertzales*- contra un ellos inventado, los españoles, identificados como invasores. Atribuir al PP y al PSOE *el objetivo de destruir el País Vasco* es letra y sustancia del acuerdo secreto del PNV con ETA sobre el que ha pivotado la política nacionalista desde el verano de 1998. Aferrado a su Lizarra, Arzalluz no ha tenido más remedio que extremar la oposición binaria propia de toda retórica sin temor a caer en el ridículo.

Que haya caído o no es lo de menos. Lo que importa es el resultado político de esa construcción: una brecha social tan profunda que otras voces se elevan clamando por el diálogo. Estas voces deberían comprender que a quienes han sufrido violencia por haber sido previamente fabricados como enemigos, la exaltación del diálogo les suene a sarcasmo si no va acompañada de un cambio total de lenguaje que entrañe en la realidad de los hechos un cambio radical de política.

Patria no hay más que una

Santos Juliá, El País, 04/11/2001

“A NADIE SE LE PUEDE obligar a aceptar patrias impuestas”, ha dicho Juan José Ibarretxe en el pleno del Parlamento vasco dedicado al autogobierno. Y añadió: “En nuestra propia comunidad hay ciudadanos y ciudadanas que consideran que su patria es Euskadi y otros que legítimamente consideran a España como su única patria”. Identificados así, unos como vascos, otros como españoles, el lehendakari reclama para aquella parte de la sociedad vasca que reconoce en Euskadi su única patria la calidad de sujeto de derechos políticos como nación diferenciada en el marco de un Estado formado por cuatro naciones: Euskadi, Galicia, Cataluña y España.

Este reiterado tropo que toma a una parte de la sociedad por el todo de la nación sirve al lehendakari para desviar su mirada del conjunto de la sociedad vasca y fijarla en la relación entre la nación Euskadi y el Estado español. Antes, cuando de lo que se trataba era de construir un marco institucional en el que todos los ciudadanos del País Vasco pudieran sentirse cómodos, la cuestión fundamental consistía en alcanzar el mayor grado de autonomía posible. Por eso, el Estatuto fue recibido entre plácemes y aclamaciones: la sociedad vasca, plural, había dado con un lugar de encuentro que concitó el apoyo de la gran mayoría, nacionalista o no. Ahora, sin embargo, como lo que importa no es el marco de convivencia entre vascos, el Estatuto ya no sirve y en su lugar se exige un Pacto, cuyos sujetos no son todos los ciudadanos del País Vasco sino una de sus partes previamente confundida con la Nación y el Estado español.

De ahí que el lehendakari se haya olvidado en su discurso de la otra parte de ciudadanos del País Vasco a la que asigna gratuitamente la adscripción a una sola patria, España. No ya que no tienda la mano a la oposición para encontrar entre todos un nuevo marco de convivencia, otro Estatuto. La oposición y sus votantes no existen en el discurso del lehendakari. Es lógico, entonces, que tampoco exista ETA. De hecho, el lehendakari construye su discurso ignorando o invitando a ignorar la presencia de ETA y olvidando que un importante sector de la sociedad vasca, por la simple culpa de seguir siendo vasca cuando según los nacionalistas su única patria es la española, sufre una

gravísima merma de sus derechos cívicos y es objeto de ataques terroristas en sus bienes y personas.

Del Estatuto de Autonomía como lugar de encuentro entre vascos al Pacto de la Nación vasca con el Estado español: tal es la sustancia del proyecto presentado por el lehendakari. La urgencia de esta suplantación no tiene nada que ver con el hecho de que el Estatuto se cumpla o se deje de cumplir. Que las denuncias por su presunto incumplimiento no son más que una argucia lo pone de manifiesto el mismo lehendakari cuando reconoce dos cosas: la primera, que gracias al Estatuto goza hoy Euskadi de un extraordinario grado de bienestar; la segunda, que el día después de su pleno cumplimiento hay que liquidarlo porque ya no servirá para nada. El Estatuto ha sido un éxito pero no reconoce el derecho de autodeterminación de aquella parte de la sociedad vasca que hoy se erige como patria única de los vascos: es esta carencia la que lo condena al desván de los trastos viejos.

¿Para poner en su lugar qué? Sin duda, un Estado de la Nación Vasca. Por supuesto, el lehendakari no lo dice, pero todo su discurso, al dividir a los ciudadanos en vascos y españoles, camina en esa dirección. La retórica de la nación única, de la identidad excluyente, es el falaz argumento que esgrime para exigir a la vez el cumplimiento íntegro del Estatuto y su perentoria liquidación. Si reconociera y aceptara para Euskadi el carácter plurinacional, o de identidades cruzadas, que predica para el Estado, otro gallo nos cantara. Pero al afirmar que patria no hay más que una, el lehendakari borra de su campo de visión a los ciudadanos vascos no nacionalistas y desplaza lo que debería resolverse en el interior de la sociedad a un pacto entre la Nación vasca y el Estado español. Mientras llega el momento de firmarlo, que una mitad de ciudadanos vascos sufra el acoso del terror trae al lehendakari literalmente al paio, porque en realidad, sabe usted, no son vascos, son españoles.